

ras que por orden real se colocaban en los accesos de un vecindario de residencias y almacenes en las cercanías del río Támesis. La ignorancia natural sobre la peste y cómo se propagaba—después de todo faltaban unos cuantos siglos para que Yersin aislase el bacilo que lleva su nombre—hacía creer que aquel lugar era el foco de origen y contagio, por lo que se le mandaba aislar hasta la llegada del invierno. Su entrenamiento de marinos les hizo relativamente fácil a Legs y Tarpauline escalar la valla de tablones y caer en el recinto prohibido.

Debe intentarse describir—siguiendo, como se ha venido y se seguirá haciendo, lo más literalmente posible el texto de Poe—lo que de inmediato vieron los fugitivos gracias a la «espectral luz que, aun a medianoche, no deja de emanar de una vaporosa y pestilente atmósfera». Los adoquines, sueltos en su base, yacían en loco desorden, entre las yerbas altas y malolientes que se alzaban entre los pies y los tobillos. Casas en ruina obstruían las calles. Los olores más fétidos y venenosos prevalecían por todas partes; y a la luz espectral ya aludida, se podían discernir, ya tirados en los senderos y callejuelas o descomponiéndose en habitaciones cuyas ventanas habían perdido sus postigos, las carroñas de muchos saqueadores nocturnos a quienes la mano de la plaga detuvo al momento mismo de perpetrar su robo.

La alusión a «robo» se debe a que—dato significativo—pese a que la prohibición real implicaba la pena de muerte, tipos maleantes invadían la zona deshabitada y robaban lo que podían de las casas y almacenes, particularmente las bodegas de las unas y los otros.

A salvo de sus perseguidores, aunque expuestos a las vigas y piedras que caían de los tejados podridos, la pareja de marinos siguió internándose impertérrita por aquel laberinto, progresivamente intrincado y estrecho, mientras alteraban la solemnidad de aquel mundo desolado con sus gritos y cantos. Así, literalmente, fueron a tropezar con la entrada de un edificio alto y de apariencia fantasmagórica. Al chillido que se le escapó a Legs contestó del interior una rápida sucesión de chillidos diabólicos que semejaban carcajadas.

Contra lo que sería de esperar—huir despavoridos o quedarse helados de espanto—Legs y su acompañante lo que hicieron fue abalanzarse simultáneamente contra la puerta con toda violencia e irrumpir tambaleantes en mitad de la escena que se desarrollaba en el interior.

Debe notarse el tono lúgubre, el ambiente macabro y la reiterada nota de desolación, descomposición y muerte en este pasaje. Poca diferencia hay entre esta circunstancia sobrecogedora y la que se

encuentra en algunas narraciones terroríficas de Poe que inciden en el tema de lo sobrenatural y macabro. Sin embargo, lo que encuentran Legs y Tarpauline en el recinto en que acaban de penetrar no tiene nada de terrorífico ni nada de sobrenatural, a pesar de que se trata de una sala funeraria ocupada por un extraño grupo de seres humanos. Por lo contrario, pese a que los invasores de la agencia de pompas fúnebres han echado mano a lo que allí pudieron encontrar para servir sus necesidades o capricho—sudarios y paños mortuorios para vestir y abrigarse, bóvedas craneanas para beber el vino que han sacado en grandes cantidades de la bien provista bodega que encontraron en el sótano, ataúdes con sus caballetes para sentarse, penachos de los utilizados en las carrozas fúnebres para tocarse—nada de esto resulta lúgubre, sino grotesco, pintoresco y hasta posiblemente simpático.

Lo anterior significa que en este relato Poe hace una incursión en el campo de lo que en inglés se conoce como *literature of the rogue*, que no es otra cosa sino la picaresca; hasta donde a un anglosajón le sea dable enfrentarse a semejante género. Sus personajes de todos modos son aun más extravagantes y estrafalarios que los del propio Quevedo. Es la naturaleza y comportamiento de estos seres—Legs, Tarpauline y los seis con quienes el lector se va a familiarizar de inmediato—lo que hace perder todo vestigio de horror, todo nexo con el mundo de lo sobrenatural y de lo fúnebre a las mortajas, cráneos, ataúdes y demás adminículos mortuorios que aparecen en el cuento. Después de todo, ¿qué otros artículos se van a encontrar en una funeraria? Esos objetos tienen que perder necesariamente su asociación con lo misterioso y macabro al quedar convertidos en artículos útiles. ¿Qué más natural que usar una bóveda craneana para beber vino si no hay cráteras, ni vasos, ni tazas? ¿Qué de extraño recurrir a los sudarios para abrigarse si el local es húmedo y la noche fría? ¿Dónde mejor acomodar a un paralítico—a falta de divanes, camas y butacas—que dentro de un ataúd «nuevo y bello de caoba» al cual se le habían practicado dos agujeros, «no tanto por elegancia cuanto por conveniencia», para acomodar los brazos del impedido? Lo que se desea señalar es que Poe, utilizando el mismo vocabulario que en otros de sus relatos, provoca el escalofrío de terror, logra en *El Rey Peste* un efecto contrario. El recurso, como ya se indicó, que explica este fenómeno es que los pícaros han convertido en objetos funcionales cotidianos lo que en otros cuentos fue decoración o mero recurso para la creación de determinados efectos psicológicos.

Se impone no aplazar más la prometida ojeada a los personajes

que se habían adueñado de la funeraria. Esta ojeada bastará para demostrar que Edgar Allan Poe tenía vista, instinto, curiosidad y corazón para fijarse en otro tipo de humanidad fuera de aristócratas decadentes, personalidades neuróticas y enfermos de la voluntad.

Entre los seis personajes encontrados por los fugitivos dentro de la funeraria, sobresalía uno que presidía sobre los otros. Era el autoproclamado Rey Peste, y dos mujeres y tres hombres constituían su Corte. Cada una de las figuras de este elenco que bordea lo teratológico tenía algún rasgo poco usual que contribuía a distinguirla y significarla del resto de la compañía. El Rey Peste era de elevada estatura y más emaciado que el propio Legs. Su característica individualizante era una frente de tal desusada eminencia y fealdad que parecía un gorro o corona de carne superpuesta a su cabeza natural.

Frente al Rey Peste estaba sentada una dama de su misma estatura, pero que parecía haber alcanzado el último grado de la hidropesía, por lo que su figura era casi tan voluminosa como el enorme tonel de cerveza de octubre que estaba abierto cerca de ella en un rincón de la sala. Pero lo verdaderamente notable de su fisonomía era su boca que, comenzando en la oreja derecha, cruzaba como un abismo hasta la izquierda, apertura en la cual continuamente se introducían los cortos pendientes que adornaban sus orejas. Esta dama era la Reina Peste, Serena Consorte del Rey Peste I.

Junto a ella y un tanto bajo su protección había una diminuta joven dama, con todos los signos externos de estar sufriendo de tisis galopante, que se caracterizaba por un extremado *haut ton* y la gracia y modo *degagé* con que vestía una grande y bella mortaja del más fino linón de la India. Pero ni esto ni otras cosas que podrían decirse de ella, era lo que en realidad la distinguía. Sí su nariz, «extremadamente larga, fina, sinuosa, flexible y granosa, colgada muy por debajo de su labio inferior y que, a pesar de la forma delicada en que de vez en cuando la movía de un lado a otro con su lengua, daba a su semblante una expresión un tanto equívoca». Esta era Su Serena Alteza la Archiduquesa Anapéstica.

A la izquierda de la Reina Peste había un viejo gotoso de respiración resollante, muy orgulloso de su presencia—a pesar de tener una pierna vendada colocada sobre la mesa—envuelto en un sobretodo de colores vivos que se había mandado hacer de la seda bordada de un repostero de los que suelen colgarse en lugares conspicuos de las casas nobiliarias inglesas en que ha ocurrido una muerte. Las mejillas le reposaban sobre los hombros como dos enormes pellejos de vino oporto.

A la izquierda de éste y derecha del Rey había un caballero de

largas medias blancas y calzoncillos de algodón, cuyo cuerpo se agitaba ridículamente por estar sujeto a unos ataques de Tarpauline diagnosticó como «the horrors» (3). A este hombre le habían atado estrechamente las mandíbulas con unos vendajes, así como los brazos en las muñecas. Precaución que en opinión de Legs era necesaria dado el aspecto de ebrio y violento que tenía. Este personaje, además, estaba dotado de unas prodigiosas orejas que era imposible confinar en forma alguna, por lo que se elevaban hacia la atmósfera del recinto y en ocasiones se erguían espasmódicamente al sonido de algún taponazo.

El sexto personaje era un paralítico que había sido cuidadosamente colocado en un ataúd que descansaba con una inclinación de cuarenta y cinco grados en un caballete. Se distinguía por un par de ojos saltones y enormes que se pasaban volviendo sus horribles córneas hacia el techo, «absolutamente maravillados de su propia enormidad».

Estos tres caballeros eran, según explicó el Rey Peste I, Su Gracia el Duque Pestífero, Su Gracia el Duque Pestilencial y Su Gracia el Duque Tempestad.

Imposible que la reunión de esta Corte con los intrusos pudiese terminar bien, pese a la extraña afabilidad que exteriorizaba el rostro del Rey Peste, a pesar de la inesperada y violenta irrupción de Legs y Hugh Tarpauline. La intempestiva risa que hubo de producir en Tarpauline la extraña compañía y el estupor obvio que la misma causa produjo a Legs no alteraron al principio la cortesía del Rey quien, sonriendo muy graciosamente condujo en persona a los intrusos a sentarse en los asientos que otros se habían ocupado de disponer. Por desgracia, cuando el Rey comenzó una larga oración, parece que encaminada a dar la bienvenida a los recién llegados, fue inopinadamente interrumpido por Legs quien le pidió noticia de él y sus acompañantes alegando que habían invadido una propiedad de su amigo y compañero de navegación, Will Wimble, el agente de pompas fúnebres. Aun frente a esta agresión verbal el Rey trató de serenar las cosas y procedió a hacer la presentación de sí y de su Corte aclarando que por deferencia a que Legs era su huésped estaba dispuesto, aunque no venía obligado a ello, a brindar las explicaciones solicitadas. Alegó no tener noticia de quien fuese Will Wimble ni de que el local en que se encontraba fuese su negocio afirmando que era el Salón del Trono de su palacio, dedicado a los consejos del

---

(3) Se daba este nombre en Inglaterra a los ataques de melancolía, pero también a las alucinaciones producidas por el *delirium tremens*. La posterior opinión de Legs sobre este personaje tiende a favorecer la última acepción de la palabra. (Nota del autor.)